

Con motivo de la celebración del Solsticio de Verano convocada por el Club de Debates Urbanos este 27 de junio, la invitación a este acto está ilustrada con una fotografía de la Gran Vía un día cualquiera del invierno, coincidiendo con las horas de mayor afluencia de coches y peatones. Autobuses, coches, anuncios, farolas, cubos de basura, árboles sin hojas, se funden en una imagen que oculta y casi borra la forma y el carácter de la confluencia de la Gran Vía con la calle de Alcalá. Solo el antiguo edificio del Fénix, con su pequeña cúpula coronada por el ángel triunfante, renacido de las cenizas, simboliza la singularidad urbana de este lugar.

Con un pequeño esfuerzo, podemos borrar con la imaginación y la memoria, todo el cúmulo de objetos y personas de este primer plano para descubrir que, tras la imagen confusa y atormentada, se esconde el espléndido cuadro de Antonio López, en el que pintó la Gran Vía desde un punto de vista próximo al de esta fotografía, pero mucho más exacto y significativo.

Digo pintó, pero debo decir que, más aún, descubrió y anunció el más auténtico significado espacial de la Gran Vía como una pieza urbana básica en la configuración y en la imagen de Madrid.

Antonio López elige la luz difusa de un amanecer en verano para ofrecer la visión más pacífica y depurada y, a la vez, más rica, de esta calle central de la ciudad. Desnuda de coches y personas, casi borradas farolas, señales y mobiliario, ausente incluso el ángel Fénix, para decirnos cuál es la esencia estética, la emoción espacial de la Gran Vía: un paisaje de piedra, una arquitectura hecha paisaje urbano pleno y bello.

En estos momentos en los que el ayuntamiento está pensando un proyecto para remodelar y configurar una nueva geometría para el suelo de esta calle, con la finalidad de racionalizar y domesticar el tráfico rodado, dando prioridad al dominio del peatón, me atrevo a recomendar a nuestros munícipes que pinchen en la pared frontal de su despacho una reproducción en DIN A3 del cuadro de Antonio López y lo veneren como una estampa santa capaz de dirigir su trabajo en este delicado tema, evitando cualquier osadía o torpeza que enmudezca el alto valor espacial de este trozo de Madrid. Un paisaje de piedra configurado por una rica secuencia de buenos edificios (salvo el último construido, vecino al Palacio de la Prensa, y alguna más).

Debemos agradecer a Antonio López que nos haya desvelado con tanto silencio, modestia y profundidad, cuál es la esencia de esta magnífica Gran Vía.

